

Medio Ambiente y Economía de Mercado:

Historia de un choque de ideas.

FARO EN DEBATE N°11

Iván Carlos Carrino

Profesor investigador Faro UDD
Magíster en Economía Universidad Rey
Juan Carlos, Madrid.
i.carrino@udd.cl

Contacto
Av. Plaza 680, Edificio H.
Enlace: faro.udd.cl

Estimados lectores:

En el marco de la Cumbre de Acción del Clima convocada por las Naciones Unidas en septiembre de 2019, Greta Thunberg, con 16 años en aquel entonces, acaparó la mirada del mundo cuando, con aire desafiante y un dejo de enojo, la joven sueca increpó a los líderes del mundo: “Me han robado mis sueños y mi infancia con sus palabras vacías. (...) La gente está sufriendo. La gente se está muriendo. Ecosistemas enteros están colapsando. Estamos en el comienzo de una extinción masiva. Y de lo único que pueden hablar es de dinero y cuentos de hadas de crecimiento económico eterno. ¿Cómo se atreven?”.

En su descargo, propio de una juventud que rehúye de todo pasado, se atomizan múltiples elementos, aunque uno resalta por sobre todos: la creencia de que el sistema capitalista ha sido el principal causante del deterioro medioambiental, y que las últimas décadas no han sido sino un enriquecimiento de unos pocos a costa del sacrificio de ecosistemas y habitantes del mundo entero. Y claro: quienes vienen ahora, las nuevas generaciones, deben lidiar con el desastre que los mayores dejaron.

Más allá de que podamos empatizar o no con la postura de Thunberg, su discurso plantea un debate ineludible: ¿es, acaso, el crecimiento económico enemigo de la protección del medioambiente? ¿pueden cohabitar el resguardo de ecosistemas y hábitats con el progreso de la humanidad? ¿Es posible unir economía y medioambiente, o más bien habrá de concluirse que el mercado es la peor pesadilla para los conservacionistas? ¿Hemos, entonces, de esperar que sea el Estado quien asegure un mejor resguardo de la Naturaleza? Quizás, más que increpar y culpar, corresponda abocarnos a la búsqueda de mejores soluciones y respuestas a estos desafíos.

Pedro Villarino F.
Editor Faro en Debate.



Medio ambiente: ¿nuevo talón de Aquiles del sistema capitalista?

Uno de los blancos favoritos de intelectuales, comunicadores y activistas de hoy y de siempre es la economía de mercado. Al menos desde el Siglo XIX, el sistema capitalista ha sido acusado de explotación, de alienación, de pauperización de masas y de crear injustas desigualdades. En las últimas décadas, se ha sumado con fuerza una crítica medioambiental.

Es muy frecuente ver líderes de opinión afirmar que, incluso cuando el libre mercado es un buen mecanismo para asignar los recursos de forma eficiente, generar empleo bien remunerado y ofrecernos productos tecnológicos que mejoran nuestra calidad de vida, su funcionar descontrolado afecta negativamente al planeta.¹ Los más preocupados, por su parte, no dudan en hacer predicciones apocalípticas.²

Las objeciones medioambientales contra la economía de mercado pueden dividirse en dos grandes grupos. El primero pone el foco sobre el uso de los recursos y su potencial agotamiento. Estas ideas emanan principalmente del pensamiento del padre Thomas Robert Malthus quien, en su "Primer Ensayo sobre la Población", publicado por primera vez en 1798, advertía que –como

la población crecía más rápido que los medios de subsistencia- las sociedades estaban condenadas al hambre y las enfermedades.

El segundo grupo es el de las externalidades (positivas o negativas) que genera la actividad económica. Podría decirse que el primero que escribió sobre externalidades fue Adam Smith, cuando sostuvo que el gobierno tenía como uno de sus roles principales el realizar y sostener obras que no eran rentables para el sector privado pero que podían ser muy valiosas para el "gran cuerpo social". Pero fue Arthur C. Pigou, quien incluyó a las externalidades en la gran familia de las denominadas "fallas del mercado", y propuso como solución la intervención del Estado vía impuestos, subsidios y regulaciones específicas. Bajo este marco, un ejemplo clásico de externalidad negativa es la contaminación ambiental.

¿Podemos encontrar respuestas a estas críticas desde el liberalismo? Como se verá a continuación, a lo largo de la historia se han presentado argumentos que –sin negar los problemas observados- se inclinan por favorecer, de todas formas, soluciones privadas y descentralizadas a estos desafíos en lugar de decantarse por la planificación central.



Terry Anderson, Donald Leal y la "Ecología de Mercado"

En 1991 Terry L. Anderson y Donald R. Leal publican "Ecología de Mercado", el que quizás sea uno de los trabajos más pioneros en la materia. En esta obra, los autores enfatizan que los problemas medioambientales, tales como el excesivo consumo de recursos o las externalidades negativas de la producción industrial, no deberían tener como solución única la intervención del Estado. Combi-

nando las enseñanzas de la Escuela Austriaca de Economía y la Escuela de la Elección Pública, buscan comparar las soluciones privadas y públicas a las problemáticas ambientales desde una perspectiva de costos y beneficios. A partir de este ejercicio, Anderson y Leal sientan los tres pilares sobre los que descansaría la ecología de libre mercado:

1 ○ UNA NATURALEZA HUMANA AUTO- INTERESADA.

Las personas responden a incentivos y la búsqueda de maximizar el beneficio está presente tanto en el sector privado como en el público. Así, constituye un salto lógico pensar que en el sector privado se maximiza el beneficio individual, pero en el público se obra por el bien común.

2 ○ CONOCIMIENTO DISPERSO.

Tomando ideas de Hayek,³ sostienen que "la información o conocimiento está más dispersa que concentrada", y por lo tanto "una sola mente o grupo de mentes no pueden acumular todos los conocimientos necesarios para gestionar los recursos na-

3 ○ PROCESOS O SOLUCIONES.

Por último, sostienen que dados los puntos (1) y (2), entonces es mejor enfocar el estudio en los procesos y no en proveer "un recetario de soluciones".

1. Véase, por ejemplo, Katherine Trebeck: "Why the Future Economy has to be a Wellbeing Economy" (https://www.ted.com/talks/katherine_trebeck_wh_y_the_future_eco-nomy_has_to_be_a_wellbeing_ec_onomy).

2. Véanse Aizen, Assef y Rocha (2022): "(Re) Calientes: Por qué la crisis climática es el problema más urgente de nuestro tiempo". Siglo XXI. O Naciones Unidas: "Greta Thunberg pide una transformación radical para detener el cambio climático": <https://news.un.org/es/story/2019/09/1462572>.

3. Véase Hayek (1945): "El uso del conocimiento en la sociedad".

En este último aspecto, destacan que “los procesos deben generar una multitud de soluciones condicionadas por las verificaciones y los balances implícitos (...) el proceso de mercado genera muchos experimentos individuales; se copiarán los que demuestren ser eficaces. La cuestión no es si se ha conseguido la solución más acertada, sino si se han considerado importantes alternativas en el proceso” (Anderson y Leal, 1993, 34).

Es decir que, si los individuos fueran por naturaleza altruistas y pudiesen hacerse de toda la información relevante, entonces sería razonable asignarle al gobierno la responsabilidad por el medioambiente. No obstante, dado que estos supuestos son irreales, no está claro que las soluciones políticas sean siempre las óptimas.

Esto obedece a una sencilla razón: mientras que en el sector privado los incentivos están alineados por los precios de los bienes y servicios, en el sector público el análisis costo-beneficio de las decisiones descansa –a fin de cuentas– en la cantidad de votos que pueda adquirir el candidato en las elecciones. De esta forma, si legislar en favor de un proyecto medioambiental genera mayor caudal de votos que eliminarle al proyecto sus privilegios legales, entonces el proyecto se llevará adelante, incluso cuando esto no represente el verdadero deseo de la sociedad. En su obra, los autores sostienen:

“Puesto que políticos y burócratas se ven recompensados si responden a los deseos de los grupos de presión, no hay ninguna garantía de que se tendrán en cuenta los valores de los intereses desorganizados, aunque estos sean los de la mayoría de la población” (Anderson y Leal, 47).

Ahora bien, este problema podría solucionarse si el gobierno contara con un sistema para medir los costos y beneficios marginales de cada proyecto. Sin embargo, en ausencia de derechos de propiedad claramente definidos, no pueden existir precios que reflejen estas valoraciones, y es precisamente este el corazón de la Ecología de Mercado: sólo en la medida en que los derechos de propiedad estén bien definidos, el mercado servirá como mecanismo para organizar incluso el medio ambiente:

“La clave, en todo caso, para crear mercados efectivos en general y para la ecología de mercado en particular es el establecimiento de derechos de propiedad transferibles y claramente definidos” (Anderson y Leal, 54).

Una clara delimitación de los derechos de propiedad resulta fundamental de cara a la resolución de problemáticas tales como las externalidades. Como enseña Ronald Coase,⁴ los derechos de propiedad permiten que las partes lleguen a acuerdos mutuamente beneficiosos en donde los costos o beneficios externos sean debidamente compensados. Al mismo tiempo, la determinación clara de los derechos de propiedad ayuda a preservar los recursos naturales en la medida que así lo dictaminen las preferencias subjetivas interesadas en el proceso, considerando de la mejor manera posible los costos de oportunidad relevantes.

Finalmente, los autores no adoptan una postura dogmática y reconocen que, en ocasiones, como en la contaminación de las aguas por causas que no pueden identificarse, o en la emisión de gases sobre una atmósfera donde no existen derechos de propiedad, “hay un argumento de utilidad para considerar la posibilidad de la intervención del gobierno”.



Elinor Ostrom y los sistemas policéntricos.

En el año 2009, el Premio Nobel de Economía fue entregado por primera vez en la historia a una mujer, la Dra. Elinor Ostrom. Además de la excepcionalidad genérica, Ostrom no era estrictamente una economista, sino que obtuvo su grado y su doctorado en Ciencias Políticas en UCLA. Según el comité Nobel, Ostrom recibió el premio por su análisis de la gobernanza, especialmente de los bienes comunes, demostrando que no necesariamente el sector público o el sector privado –utilizados al 100% y de forma excluyente– pueden dar una solución a los problemas de administración de recursos comunes donde no están claramente definidos los derechos de propiedad.

La doctora de la UCLA explicó con su trabajo que hasta mediados del Siglo XX, el mundo institucional se dividía entre los intercambios basados en la propiedad privada y aquellos basados en la propiedad estatal (como modelaban Anderson y Leal). Sin embargo, esto dejaba afuera “los esfuerzos potencialmente productivos que encaran personas y grupos para solucionar algunos dilemas sociales, como la sobreexplotación de algunos recursos y la subprovisión de otros” (De Pablo, 2018).

De esta forma, el enfoque de Ostrom pasó a conocerse en la literatura como análisis policéntrico, y cuya aplicación alcanza a fenómenos como el calentamiento global, considerado por la galardonada con el Nobel como “el dilema más grande de la humanidad”. En un trabajo reciente, Lofthouse y Herzberg (2023) explican las razones de cómo y por qué un enfoque policéntrico es una mejor herramienta para enfrentar el calentamiento global que las políticas ambientales centralizadas impulsadas por los gobiernos nacionales.

A partir de lo señalado, un sistema policéntrico puede entenderse como una red con múltiples centros de decisiones que se superponen entre sí y en donde ninguno tiene dominio sobre el otro. Éste puede estar compuesto por el gobierno –en sus múltiples niveles–, el mercado y la sociedad civil, al tiempo que cada uno de ellos guarda en sí un carácter policéntrico.

4. Véase Coase (1960): “El problema del costo social”.

Tal como describieran Anderson y Leal, los problemas medioambientales como el cambio climático no pueden ser resueltos fácilmente por una dirección centralizada. Las soluciones centralizadas, coinciden Lofthouse y Herzberg, padecen problemas de incentivos y de conocimiento. Así las cosas, aparece una ventana para que decisiones más pequeñas y descentralizadas, que se superpongan entre sí, tengan una mejor oportunidad para dar una respuesta al problema.

- 1 // **La competencia entre los tomadores de decisiones.**
- 2 // **La cooperación entre los tomadores de decisiones.**
- 3 // **La percepción de legitimidad.**
- 4 // **La experimentación y el aprendizaje mutuo**
- 5 // **La resiliencia institucional.**
- 6 // **La aparición de resultados emergentes.**

Lofthouse y Herzberg argumentan que “un consenso a escala global no es necesario para solucionar los problemas globales. Cuando la sociedad civil, los mercados y los niveles inferiores de gobierno compiten, cooperan y se controlan mutuamente, los resultados deseables pueden emerger, y a menudo emergen, de estas múltiples interacciones”.

En habidas cuentas, los autores concluyen que quienes valoren posiciones liberales clásicas y estén preocupados por los problemas medioambientales, en lugar de defender soluciones estatales centralizadas, deben apoyar una aproximación policéntrica a estos problemas en general, y al del cambio climático en particular.

IV./

Tupy, Pooley y la “Superabundancia”

Si se comparan las proyecciones de Thomas Malthus con lo ocurrido en la realidad, aparece un contraste notable. Es que, si su pronóstico se hubiese cumplido, la población se habría multiplicado por 500 desde 1800 pero los medios de subsistencia solamente por 10. Si este hubiera sido el caso, habría sido razonable imaginar un escenario de hambre y peste. No obstante, la realidad operó distinto.

Entre 1820 y el año 2018 la producción global (medida por el PIB real) aumentó un 9881% (es decir, se multiplicó por 99,8). Mientras tanto, la población solamente creció un 603% (multiplicándose por 7) en el mismo período.⁵

¿Por qué ocurrió esto? En una obra reciente, Marian Tupy y Gale Pooley recuerdan una histórica apuesta entre el biólogo norteamericano Paul Erlich, autor del libro “The Population Bomb”, de 1968, y el economista Julian Simon, autor de los libros “The Ultimate Resource”, de 1980, y “The economics of population growth”, de 1977. La apuesta entre ambos se originó porque Erlich, recordando a Malthus, sostenía que el gran problema que atravesaría el planeta sería la falta de recursos producto del crecimiento poblacional descontrolado.

Simon veía las cosas distinto. Si bien el crecimiento poblacional podía traer problemas de corto plazo, “es tu mente la que cuenta, económicamente hablando, tanto o más que tu boca o tus manos. En el largo plazo, el efecto más importante del crecimiento de la población es la contribución que más personas podrán hacer al acervo de conocimiento útil” (Tupy y Pooley, 2022).

Tras algunos intercambios en revistas científicas, Simon y Erlich terminaron realizando una apuesta que, en resumen, hacía que Erlich tuviera que pagarle a Simon si el precio de cinco metales básicos (el cromo, el cobre, el níquel, el estaño y el tungsteno) era más elevado (en términos reales) el 29 de septiembre de 1990 de lo que cotizaban 10 años antes.

El argumento económico de Simon era que, si Erlich tenía razón, entonces todos estos productos irían aumentando sus precios por encima de la inflación, reflejando ello su mayor escasez relativa producto del incremento poblacional. Sin embargo, si su punto era cierto, y la capacidad humana era el recurso verdaderamente relevante (capaz de mejorar la tecnología, la productividad en el uso de recursos, y crear sustitutos), entonces él ganaría la apuesta.

En el otoño de 1990, Simon oficialmente ganó la apuesta y así fue reconocido por Erlich. Tupy y Pooley sostienen:

// *“Como él había predicho, el ingenio humano había hecho que estos recursos fueran más abundantes a pesar de un incremento de 800 millones en la población. Nuevas minas de níquel habían sido descubiertas y explotadas, terminando con el monopolio canadiense sobre esta materia prima. Cables de vidrio habían reemplazado a los de cobre (...) En todo el globo, la mejora tecnológica y la capacidad emprendedora hicieron la minería y la refinación mucho más eficiente y –por lo tanto– más barata, que la nueva oferta superó a la creciente demanda derivada de una población en aumento”.*

5. Todos los datos pueden consultarse en el sitio web “Our World in Data”, que divulga datos de fuentes oficiales.

Inspirados por esta historia, Tupy y Pooley enfocaron su trabajo en medir la relación entre los precios de una gran cantidad y variedad de recursos y productos de la economía global y los ingresos de la población. El objetivo es similar al de Simon: si es cierto que el crecimiento poblacional choca con los límites del planeta, entonces los recursos estarían volviéndose más escasos y los salarios estarían comprando cada vez menos recursos como resultado.

Para poner a prueba esta hipótesis, los autores recurrieron al “precio en tiempo” de los recursos. Esto es, a la cantidad de tiempo de trabajo necesario para comprar una unidad de recursos o producto. El precio en tiempo de un recurso se obtiene dividiendo el valor nominal del recurso (digamos USD 10) por el valor nominal de una hora de trabajo. Así, si el recurso cuesta USD 10 y por una hora de trabajo, un trabajador obtiene USD 10, puede decirse que el precio en tiempo del recurso es una hora. Al trabajador le costó una hora acceder al recurso.

Al comparar el precio en tiempo de 50 materias primas básicas entre 1980 y el año 2018 (gráfico 4.1), llegan a la conclusión de que absolutamente todos estos recursos han caído en valor de hora trabajada, con lo cual lejos de verse más escasos, se han vuelto más abundantes.

El análisis luego lo extienden a una enorme serie de recursos, productos y hasta servicios, y lo aplican a diferentes naciones y períodos del tiempo en la historia, llegando siempre a la misma conclusión: incluso cuando la humanidad ha experimentado un considerable crecimiento, casi la totalidad de los bienes y servicios que necesitamos para sobrevivir se ha vuelto más abundante.

El trabajo de Tupy y Pooley concluye que las críticas maltusianas a la economía de mercado no han sido correctas y no tienen que serlo en el futuro tampoco. La clave es la capacidad del ser humano de adaptarse, con ingenio y en un marco de libertad, a los problemas que surgen, no limitar el crecimiento poblacional o económico para evitar que el medio ambiente nos termine castigando.

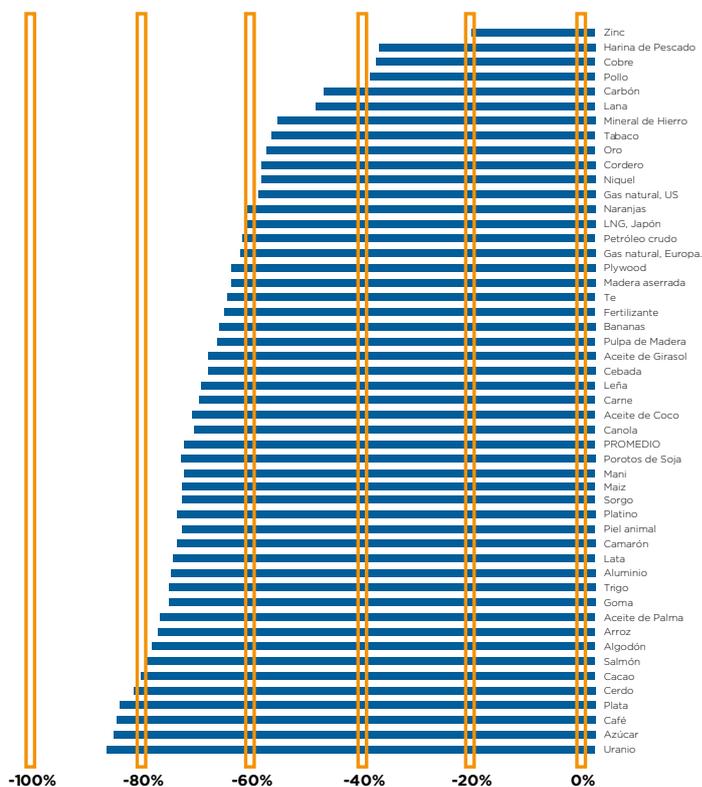
V./

Conclusión.

A lo largo de la historia, la economía de mercado ha sufrido ataques sistemáticos. El argumento que ha cobrado más fuerza, últimamente, es el del deterioro del medioambiente.

Sin embargo, como hemos visto, distintos autores liberales han abordado el asunto y, sin negar la existencia de problemas producto de la dificultad de establecer derechos de propiedad, sostienen que las soluciones a éstos se encuentran dentro del propio sistema capitalista.

La clave, entonces, no es regular, gravar y subsidiar, sino mantener un ecosistema institucional (de gobierno limitado y respeto por la propiedad privada) que permita el ingenio humano desarrollar soluciones innovadoras que nos permitan a todos adaptarnos a los cambios que nos presente el planeta. Este sistema ha demostrado su eficiencia en el pasado y no hay motivos para creer que no podrá hacer lo mismo en el futuro de corto, mediano y largo plazo.



Fuente: elaboración propia en base a Tupy, Marian y Pooley, Gale: “Superabundance” (2022).

Referencias Bibliográficas

- Aizen, Assefh y Rocha (2022):**
“(Re) Calientes: Por qué la crisis climática es el problema más urgente de nuestro tiempo”. Siglo XXI.
- Anderson, Terry y Leal, Donald (1993):**
“Ecología de Mercado”. Unión Editorial, Madrid. De Pablo, Juan Carlos (2018):
- De Pablo, Juan Carlos (2018):**
“Nobelnomics: vida y obra de los ganadores del Nobel de Economía”. Sudamericana, Buenos Aires.
- Lofthouse, Jordan & Herzberg, Roberta (2023):**
“The Continuing Case for a Polycentric Approach for Coping with Climate Change”. Sustainability.

 Julio 2023

Escanea este código para más información



Contacto

Av. Plaza 680, Edificio H.
Enlace: faro.udd.cl
+562 25785330



@faro_udd



@faro_udd



faro udd



faro@udd.cl



WWW.FARO.UDD.CL